

## **La guerra irregular en el pensamiento militar español decimonónico (1863-1898)**

### **Irregular warfare in nineteenth-century Spanish military thought (1863-1898)**

Alberto Guerrero Martín

*Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)*

[baybars91@gmail.com](mailto:baybars91@gmail.com)

**Resumen:** Las líneas generales de este trabajo plantean el estudio de la guerra irregular en España durante el siglo XIX, un tipo de guerra muy común para el Ejército español. Sin embargo, lo usual fue encontrarse con una gran desatención por parte de la tratadística militar del período y del Ejército como institución. La mayor parte de los manuales y de las enseñanzas de las academias militares estaban dedicadas a las guerras regulares como las que se habían dado en Europa durante buena parte del siglo. No obstante, si nos atenemos al caso de España, se constata que la mayor parte de las contiendas que tuvo que librar fueron guerras irregulares.

Desde esta premisa, el artículo profundiza en el concepto de guerra irregular y en su estudio en España, con el objetivo de conocer hasta qué punto esta forma de combatir era comprendida y estudiada por los militares españoles, que en cierta medida despreciaban este tipo de guerra por atentar contra los valores clásicos del honor militar y para la que habían sido poco preparados en las academias. Los reglamentos militares no contemplaban tampoco el recurso de la guerra irregular, pues estaban destinados a preparar la lucha contra unos enemigos que llevarían a cabo una guerra regular, que era para la que estaban entrenados todos los ejércitos europeos del período, a pesar de contar las principales potencias con territorios en África, Asia o el continente americano. Resultará sorprendente observar cómo el Ejército español en sus campañas de Ultramar no se encontrará listo para llevar a cabo guerras coloniales por falta de preparación y de instrumentos. Se impondrán finalmente, tras los iniciales descalabros, gracias a su superioridad técnica y de armamento, destacando figuras como las del general Valeriano Weyler, uno de los

militares españoles más preocupados por la guerra de guerrillas y por las tácticas de contrainsurgencia.

**Palabras clave:** Valeriano Weyler, Ejército español, literatura militar, siglo XIX, campañas coloniales.

**Abstract:** This work explores, in general terms, the study of irregular warfare in Spain -a comparatively common type of warfare for the Spanish Army- during the nineteenth century. It is, however, not unusual to find a great neglect on the part of military treatises regarding both this period and the Army as an institution. Most of the manuals and teachings in military academies were devoted to regular wars such as those that had been fought in Europe for much of the century. However, if we look at the case of Spain, it becomes apparent that most of the conflicts it was involved in were irregular wars.

From this premise, this article delves into the concept of irregular warfare and its study in Spain, with the aim of finding out to what extent this combat modality was effectively understood and studied by members of the Spanish military. Who, to a certain extent, despised this form of warfare as it went against the classical values of military honour and for which they had received little academic preparation, as they were expected to prepare to fight against enemies waging regular wars -in fact, all European armies of the period were trained in this fashion- despite the fact that the main powers had territories in Africa, Asia and the American continent. It will be surprising to observe to what extent the Spanish Army was not adequately prepared to carry out colonial wars in its overseas campaigns due to lack of preparation and adequate instruments. It would only eventually prevail, after the initial setbacks, thanks to its technical and armament superiority, with outstanding figures such as General Valeriano Weyler, one of Spain's military men most concerned with guerrilla warfare and counterinsurgency tactics.

**Keywords:** Valeriano Weyler, Spanish Army, military literature, 19th century, colonial campaigns.

Para citar este artículo: Alberto GUERRERO MARTÍN: “La guerra irregular en el pensamiento militar español decimonónico (1863-1898)”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 11, N° 23 (2022), pp. 16-39.

Recibido 17/06/2022

Aceptado 19/12/2022

## La guerra irregular en el pensamiento militar español decimonónico (1863-1898)

Alberto Guerrero Martín

*Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)*

[baybars91@gmail.com](mailto:baybars91@gmail.com)

### Introducción

La guerra irregular estuvo presente en España durante todo el siglo XIX: guerra de la Independencia, punto de partida de la guerra irregular en la España del siglo XIX, guerras carlistas y las campañas coloniales. No obstante, merecieron una escasa atención por parte de la historiografía militar y de los reglamentos. Esa desatención tuvo nefastos resultados en múltiples ocasiones para el ejército español en sus expediciones de Ultramar. Sin embargo, este tipo de guerra no fue un fenómeno exclusivo del siglo XIX, como tampoco lo ha sido del siglo XX o de la centuria actual, ya que estas se han dado en diferentes períodos. Ya en los siglos XVI, XVII y XVIII, teóricos españoles y franceses, como Bernardino de Mendoza, el marqués de Santa Cruz de Marcenado o Paul Hay de Chastelet se interesaron por su estudio. Sin embargo, habrá que esperar hasta la segunda mitad del siglo XX para que las guerras irregulares comiencen a recibir mayor atención en los centros académicos y militares.<sup>1</sup>

Marcenado se mostraba partidario de la guerra de guerrillas.<sup>2</sup> En realidad, lo que hizo fue poner nombre a lo que era una práctica habitual entre las tropas españolas desde la época de la Reconquista. Tal y como puso de relieve Jiménez Estrella, quien señaló que ya el Gran Capitán adiestró a sus tropas en «las técnicas de la emboscada, el ataque nocturno por sorpresa, la guerra de movimientos y desgaste».<sup>3</sup> Este tipo de tácticas constituyen los pilares de la después llamada guerra de guerrillas. Por tanto, puede decirse que Marcenado fue el primero en introducir y definir en la tratadística una práctica bien conocida por él y que tenía una larga tradición. Como se puede comprobar, la guerra irregular no era algo ajeno al Ejército español. Por ejemplo, en 1762 se crearon once cuerpos de tropas ligeras para luchar en lo que en aquella época se denominaba

---

<sup>1</sup> Marina MIRÓN: “La guerra irregular y cómo contrarrestarla: una perspectiva comparativa entre los enfoques centrados en el enemigo y en la población”, *Revista Científica General José María Córdova*, 17:27 (2019), p. 458.

<sup>2</sup> Miguel CUARTERO: “Santa Cruz de Marcenado y su obra”, en Álvaro NAVA-OSORIO, *Reflexiones militares*, Madrid, CEHISMI, 1984, pp. 55-66.

<sup>3</sup> Antonio JIMÉNEZ: “Don Gonzalo de Córdoba. El genio militar y el nuevo arte de la guerra al servicio de los Reyes Católicos”, *Chronica Nova*, 30 (2003-2004), pp. 191-211.

táctica de guerrilla, que no eran otra cosa que «escaramuzas y emboscadas sobre los flancos o la retaguardia del enemigo».<sup>4</sup>

Dado lo anterior, pueden establecerse dos objetivos para este trabajo. El primero, establecer los motivos de este abandono, que también afectó a la guerra de montaña, cuando ambas habían sido unas modalidades de guerra en nada ajenas al Ejército español. Se pondrá de relieve aquí cuánto tuvo que ver en ello la naturaleza conservadora del mando militar, que veía en la guerra irregular una afrenta a los valores clásicos del honor militar. El segundo, derivado del primero, analizar qué consecuencias tuvo para el ejército español en escenarios tan dispares como Cuba, Santo Domingo, Marruecos o Filipinas. Para ello, se utilizarán como fuentes fundamentales la bibliografía existente sobre la guerra irregular durante el siglo XIX, así como la amplia historiografía sobre los conflictos coloniales en los que se vio involucrada España. En cuanto a la división del trabajo, en primer lugar, se estudiará el concepto de guerra irregular y regular. A continuación, se analizarán las obras sobre guerra irregular del período estudiado. Por último, se hará un sucinto repaso a las contiendas irregulares a las que se tuvo que enfrentar el Ejército español. Para responder de forma clara y precisa a estos objetivos planteados, la metodología vendrá dada por el análisis de las obras sobre guerra irregular del período elegido y la descripción de los hechos históricos, aportando un nuevo punto de vista crítico.

### La articulación del concepto de guerra irregular

A lo largo de este epígrafe se analizará el concepto de guerra irregular. Se partirá de la base de que la definición es imprecisa en muchos aspectos. Para su explicación serán necesarias dos de las obras más importantes sobre guerra irregular del período estudiado. La primera, escrita por el comandante de Estado Mayor (EM) José Ignacio Chacón, data de 1883 y lleva el título de *Guerras irregulares*. La segunda, *Guerras irregulares y de montaña*, tuvo que esperar a 1896, casi con la crisis finisecular, y se debe a Juan Calero, capitán de Infantería.<sup>5</sup>

Chacón manifestaba que tanto para la adquisición de una colonia como para su conservación «era preciso apelar a la triste necesidad de la guerra, siempre que la política declare ineficaces sus medios, como siempre ha sucedido». Estas guerras se libraban por lo general entre un ejército regular y disciplinado contra otro que:

---

<sup>4</sup> Fernando PUELL: *El soldado desconocido. De la leva a la "mili" (1700-1912)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, p. 168.

<sup>5</sup> Se trabajará con la segunda edición, que data de 1897 y que no tiene cambios reseñables con respecto a la primera.

Quizá más numeroso, pero extraño por completo a toda regularidad, fundado principalmente en la iniciativa del individuo y constituido por tropas que van al combate movidas por igual sentimiento de independencia y patriotismo; estas guerras hacen de cada habitante del país un enemigo y en las que nuestros soldados tienen que luchar contra las enfermedades y el clima [...].<sup>6</sup>

Estas guerras eran para Chacón las guerras irregulares y a las que había que conceder particular atención, puesto que las tropas entrenadas para luchar en una guerra a la europea se encontrarían con graves dificultades, si no estudiasen antes el teatro de operaciones en el que tendrían que emplearse, donde todo era extraño, desde las enfermedades hasta los habitantes. No bastaría con tener potentes ejércitos, porque igualmente sufrirían importantes bajas y, debido a su lejanía, los reemplazos serían difíciles, además de ser una empresa muy costosa económicamente para la metrópoli.<sup>7</sup>

Los principios militares eran fijos, pero no «absolutos», indicaba Chacón. De ahí que no se pudiesen seguir las máximas militares establecidas para la guerra regular en las campañas irregulares, donde eran comunes «las privaciones, la doblez, el incendio y la crueldad»<sup>8</sup>. Por tanto, usar sistemas de guerra europeos solía acarrear terribles resultados al aplicarlos en continentes como África, Asia u Oceanía. Los habitantes de estas regiones tenían un sentimiento de independencia tal que hacía de cada combatiente un «temible guerrillero, de cada sumiso un espía y un enemigo de cada habitante del país».<sup>9</sup>

En 1890, Ramón Ruiz Descalzo publicó un libro titulado *Guerras, su naturaleza y filosofía* en el que hablaba de los diferentes tipos de guerra, dedicando un capítulo bastante breve a la irregular.<sup>10</sup> En cuanto a su definición, manifestaba que:

Son las que se llevan a cabo en países de los que no se tienen conocimientos prácticos anteriores respecto a su geografía, topografía y costumbres, y contra adversarios que no respetan el derecho de gentes ni el internacional de la guerra; y, en general, desconocedores de las enseñanzas del arte militar.<sup>11</sup>

---

<sup>6</sup> José I. CHACÓN: *Guerras irregulares*, Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883, p. 5.

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 5-6.

<sup>8</sup> Chacón no estaba de acuerdo en que se pudiesen aplicar los elementos del arte de la guerra a la guerra irregular. Véase Fernando PINTO: *Ejército e historia. El pensamiento profesional militar español a través de la literatura castrense decimonónica*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2013, p. 257.

<sup>9</sup> José I. Chacón: op. cit., p. 6.

<sup>10</sup> Tras la guerra de la Independencia se amplió la tipología de clasificación de las guerras, destacando en este sentido las obras de Luis Corsini, que habló de la guerra de montaña (*Vocabulario militar*, 1849); Francisco Villamartín (*Nociones de arte militar*, 1863), Rafael Vasallo y Roselló (*Apuntes sobre el estudio del arte de la guerra y la historia militar*, 1870); el mencionado Ruiz Descalzo y su incorporación de guerra irregular, o Leopoldo Barrios (*Apuntamientos de un curso de arte de la guerra*, 1892). A estas obras habría que unir los diccionarios militares decimonónicos. Véase Fernando PINTO: op. cit., pp. 243-244.

<sup>11</sup> Ramón RUIZ: *Guerras, su naturaleza y filosofía*, Zaragoza, s.n., 1890, p. 44.

El 13 de febrero de 1893, el comandante de EM Leopoldo Barrios dio una conferencia en el Centro del Ejército y de la Armada titulada *Importancia de las campañas irregulares*. Barrios –tratando de explicar este tipo de guerras y la razón de su escaso estudio–, indicó cómo los franceses distinguían entre *grand guerre* y *petit guerre*, pero señalaba que los adjetivos grande y pequeño no eran «adaptables» al idioma castellano, «porque el concepto de relación que envuelven hace poco clara su definición». No obstante, manifestaba que José Ignacio Chacón había dado con la fórmula perfecta.<sup>12</sup>

Según Barrios, las guerras regulares se desarrollaban conforme a los principios militares entre dos o más ejércitos, siempre con arreglo a un «canon científico preconcebido»; eran las guerras en las que se libraban grandes batallas, como había sucedido en las campañas napoleónicas o en la guerra entre Francia y Prusia. Por su parte, las irregulares se desarrollaban entre ejércitos regulares contra:

Gentes que no poseen una organización completa o que carecen de ella en absoluto, a las veces contra salvajes; en suma, contra gentes que se ven obligadas a cohonestar esa falta de elementos civilizados con las ventajas que les proporciona el conocimiento del país, la conformación del terreno, las particularidades del clima, etc., etc.; es decir, una índole de factores tal que en ocasiones llegan a equilibrar por completo aquellos elementos o a determinar una superioridad sobre ellos.<sup>13</sup>

Barrios también se dio cuenta de la dificultad que planteaba reducir la guerra irregular a un «común denominador», ya que «las guerras irregulares tienen tal multiplicidad de factores, tal diversidad de modalidades, aspectos tan heterogéneos y divergentes» que hacían imposible lograr lo que intentó el capitán Chacón «con gran suma de conocimientos y extraordinaria brillantez, pero no con éxito». Y es que Chacón había pretendido «deducir reglas, o por lo menos escribir un arte militar para la guerra irregular». Para Barrios la razón del fracaso de Chacón radicaba en que había muchas diferencias entre las guerras irregulares por las que había pasado el Ejército español, pues se habían dado en las montañas del Norte, en el Maestrazgo, en Cuba y Filipinas, de ahí que creyese que «era imposible reducirlas a un solo patrón, por más que ofrezcan entre sí algunas ligeras semejanzas».<sup>14</sup>

En 1897, el capitán Calero hizo una definición más completa de guerra regular e irregular, aunque ambos términos seguían careciendo de una definición concreta. En cuanto a la primera, indicaba que se refería a «método y orden», sujeta pues a los

---

<sup>12</sup> Leopoldo BARRIOS: *Importancia de las campañas irregulares y en especial de la guerra de Cuba*, Madrid, El Correo Militar, 1893, p. 7.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pp. 7-8.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 9.

principios del arte de la guerra<sup>15</sup>, conforme al derecho internacional. En suma, a las operaciones regladas. Precisaba por tanto de:

Una organización anterior, robusta e inteligente, grandes masas de hombres, con relación a la nación de quien depende: abundante cantidad de material, pertrechos y ganado; numerosa cohorte de fuerzas y servicios auxiliares. Requiere un enemigo de sus mismas condiciones, organización y objetivo; que como él se mueva en forma metódica y ordenada y casi reglamentaria; que combata, marche, acampe y viva dentro de los preceptos del libro; que rinda culto al derecho de gentes.<sup>16</sup>

Lo contrario sería la guerra irregular, de la que Calero proporcionaba una extensa definición, a pesar de lo impreciso del término:

A la iniciativa directriz, única de la guerra regular, ha de responder en ambos campos la multiplicidad de inteligencias directivas que concurren en diversas formas a la obtención del objetivo único o propósito final; a la organización anterior, robusta e inteligente, sucederá frecuentemente una organización ocasional y del momento, donde el entusiasmo individual suplirá, en gran parte, la falta de preparación de conocimientos o instrucción; en sustitución de las grandes masas, que forman numerosos ejércitos, se presenta quizá en mayor número total, pero en agrupaciones infinitamente menores, por más que en algunas ocasiones compongan un gran contingente, efecto de reuniones eventuales y con un fin concreto, volviendo a su dislocación y fraccionamiento una vez terminado aquel; el material de toda clase siempre será escaso y deficiente, como escaso, y no siempre bueno será el armamento y el ganado.<sup>17</sup>

Por último, Calero indicaba que cuando las tropas preparadas para la guerra regular se tuviesen que enfrentar a un enemigo que lleve a cabo un tipo de guerra totalmente distinta a la estudiada se impondrá una «organización muy distinta acaso de la preparada en tiempos de paz».<sup>18</sup>

---

<sup>15</sup> El general Manuel Goded, remitiendo a Napoleón, indicaba que estos principios eran el de economía de fuerzas; principio de libertad de acción; principio de libre disposición de las fuerzas y principio de seguridad. Véase Manuel GODED: *Marruecos: las etapas de la pacificación*, Madrid, CIAP, 1923, pp. 41-42.

<sup>16</sup> Juan CALERO: *Guerras irregulares y de montaña*, Toledo, Menor Hermanos, 1897, p. 11.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, pp.12-13.

<sup>18</sup> *Ibíd.*, p. 13.

## La guerra irregular y su estudio en España durante el siglo XIX

Partiendo del hecho de que era algo que no solo sucedía en España, hay que lamentar la escasez de obras dedicadas a la guerra irregular durante el siglo XIX, ya que la mayor parte de las monografías escritas en ese período trataban sobre la guerra regular y las grandes campañas, como habían sido las guerras napoleónicas o la guerra franco-prusiana. No solo las guerras irregulares fueron frecuentes en España, sino que también en Francia y Reino Unido, pues gran parte de las experiencias bélicas de estos países entre las batallas de Waterloo y el Marne se produjeron fuera de Europa.<sup>19</sup> No obstante, también se pueden encontrar ejemplos de guerra irregular en Europa, como quedó reflejado durante la guerra franco-prusiana bajo la forma de los francotiradores franceses enfrentados al Ejército prusiano. El mariscal de campo Colmar von der Goltz señalaba cómo la infantería prusiana avanzó «victoriosamente a través de las lluvias de balas de los escaramuzadores franceses y realizó las más difíciles hazañas de los tiempos modernos».<sup>20</sup> La guerra popular (*Volkskrieg*) que el líder francés León Gambetta desarrolló entre septiembre de 1870 y enero de 1871 fue estudiada por Von der Goltz en su célebre *Leon Gambetta und seine Armeen*, donde analizó la guerra irregular. Con la mayor parte del Ejército francés en cautiverio, se apostó por francotiradores irregulares y partisanos para enfrentarse a los prusianos.<sup>21</sup> Llama la atención que siendo esta contienda ampliamente conocida por la oficialidad española el comandante Chacón no hiciese referencia a este particular en su obra, limitándose a hablar de las marchas realizadas por franceses y prusianos o de la alimentación de estos últimos durante la guerra franco-prusiana. Lo mismo sucede en la obra del capitán Calero, donde no hay alusión alguna a los francotiradores y partisanos franceses.<sup>22</sup>

El anteriormente citado comandante Barrios manifestaba sorprendido cómo unas campañas militares habían tenido un enorme eco a través de «multitud de narradores» y otras por el contrario habían sido olvidadas con el «perjuicio también de las enseñanzas que pudieran arrojar su estudio». Ponía como ejemplo la multitud de obras sobre las guerras napoleónicas o la guerra franco-prusiana, pero lamentaba la insuficiencia de aquellas dedicadas a las campañas de Cuba, Filipinas o las guerras carlistas, entre

---

<sup>19</sup> Douglas PORCH: “Bugeaud, Gallieni, Lyautey: el desarrollo de las guerras coloniales francesas”, en Peter PARET (coord.), *Creadores de la estrategia moderna: desde Maquiavelo a la Era Nuclear*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1992, p. 395.

<sup>20</sup> Wilhelm Leopold Colmar von der GOLTZ: *The Nation in Arms: A Treatise on Modern Military Systems and the Conduct of War*, London, Hodder and Stoughton, 1906, p. 77.

<sup>21</sup> Geoffrey WAWRO: *The Franco-Prussian War. The German Conquest of France in 1870-1871*, New York, Cambridge University Press, 2003, p. 257.

<sup>22</sup> La obra del capitán Calero se publicó en 1897, mientras que la primera traducción de *La nación en armas* es de 1895.

otras.<sup>23</sup> Pero ¿a qué se debía esta escasa importancia otorgada a las guerras irregulares? Según Barrios, «indudablemente al corto alcance de esas guerras mismas y a no poder ajustarse en su realización a un patrón general como puede ocurrir con las guerras regulares». Manifestaba además que hasta fechas relativamente recientes no se había contado en España con una verdadera historia militar, a pesar de los excelentes trabajos de tratadistas como Francisco Villamartín y «algún otro autor de su época». Sin embargo, esto se estaba empezando a superar merced a los meritorios trabajos de Navarro y Berenguer, Martín Arrué, Barado y con el *Año Militar Español* de Estanislao Guiú. No obstante, en las obras de estos autores quedaban patentes las dificultades que presentaban la insuficiencia de datos para un estudio completo de las guerras irregulares.<sup>24</sup>

Según Geoffrey Jensen, a pesar de las experiencias de la guerra de la Independencia o las guerras carlistas, los militares españoles «no quisieron o no supieron aceptar en su obra la primacía de la guerra irregular». Así, y en contraposición, prefirieron orientar la formación académica y las doctrinas al estudio de la guerra regular, sin prestar apenas atención a las experiencias obtenidas en las Américas y, posteriormente, en África. En la Primera Guerra Carlista la guerra irregular y de montaña habían tenido especial protagonismo, sin embargo, no fue hasta 1834 cuando apareció una obra sobre guerra de montaña de manos de un oficial de EM, Santiago Pascual y Rubio, titulada *Tratado sobre guerra de montaña*, pero al finalizar esta contienda, «este tipo de estudios dejaron de atraer la atención del ejército». <sup>25</sup> Es más, no existen obras dedicadas a la guerra irregular y de montaña hasta las dos últimas décadas del siglo XIX. Por ejemplo, en 1883 se publicó la ambiciosa y completa *Guerras irregulares*, de capitán de EM Chacón. En 1884 se tradujo al español una obra de un general austriaco (Kuhn, 1878) titulada *La guerra de montaña*, y de 1895 es la obra del capitán Calero *Guerras irregulares y de montaña*. Se puede añadir también la conferencia del comandante Barrios, *Importancia de las campañas irregulares*, publicada en 1893 por el Centro del Ejército y de la Armada. De 1896 es el breve opúsculo del coronel Virgilio Cabanellas, escrito con el objetivo de que fuese una suerte de apéndice para el *Reglamento* de 1898 y un prontuario del oficial de operaciones. Dada la necesidad de adiestrar a las tropas en la guerra irregular el Ministerio de la Guerra editó 2000 ejemplares que fueron remitidos a los oficiales destinados en Cuba y Filipinas.<sup>26</sup>

---

<sup>23</sup> Leopoldo BARRIOS: op. cit., p.6. Sobre las enseñanzas que hubieran podido alcanzarse con el estudio de las guerras irregulares caben destacar las palabras del general Valeriano Weyler en sus memorias al referirse a la expedición a Santo Domingo de 1863-1865: «Injustamente olvidada ha sido esta campaña que ni siquiera nos proporcionó el único bien que los males traen consigo, es decir, aprender el camino para evitarlos en los sucesivos». Véase Valeriano WEYLER: *Memorias de un general*, Barcelona, Destino, 2004, p. 54.

<sup>24</sup> Leopoldo BARRIOS: op. cit., pp. 8-9.

<sup>25</sup> Geoffrey JENSEN: *Cultura militar española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, p. 44.

<sup>26</sup> Alberto GUERRERO: “Contrainsurgencia en la Guerra de los Diez Años de Cuba (1868-1878): Weyler y los cazadores de Valmaseda”, en Alberto GUERRERO (ed.), *Imperialismo y ejércitos*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2020, p. 447 y pp. 442-443.

La obra de Cabanellas pretendía servir a los oficiales españoles que luchaban en Cuba y Filipinas, si bien es difícil precisar hasta qué punto les fue útil. Las experiencias del Ejército español en las campañas regulares eran muchas hasta entonces. Las más cercanas en el tiempo fueron la llamada Guerra de África (1859-1860), la expedición a Santo Domingo (1863-65), la Guerra de los Diez Años de Cuba (1868-1878), la Tercera Guerra Carlista (1872-1876) y la Guerra Chiquita (1879-1880), también en Cuba. Las campañas de Ultramar son las más interesantes para este trabajo, porque en ellas se desarrollaron tácticas de contrainsurgencia que será preciso detallar. En cuanto a la Guerra de África, en un primer momento la infantería española se vio sorprendida por las tácticas de guerrilla empleadas por los marroquíes. No obstante, supieron sobreponerse pronto y adaptarse a esta forma de combatir logrando la victoria final al utilizar tácticas de envolvimiento, que eran, como quedaría demostrado en la Guerra de los Diez Años de Cuba y luego en las campañas de Marruecos, el modo más efectivo de enfrentarse a un enemigo que emplease tácticas de guerra irregular.<sup>27</sup> Tanto en 1859-60 como en 1893, el Ejército español utilizó unidades guerrilleras para enfrentarse al enemigo. Cabe destacar la unidad del capitán Francisco Ariza, veterano de Cuba, quien se presentó voluntario en la Primera Guerra del Rif o guerra de Margallo y creó una unidad formada por unos treinta presidiarios conocida como «Guerrilla de la Muerte». En 1910, el comandante Víctor Martín García y el capitán Francisco Gómez Souza publicaron *Estudios de arte militar*, donde analizaron también la guerra irregular. En el caso de la campaña de Melilla, indicaron lo dificultoso que resultaba someter a un país más atrasado que contase con armamento moderno.<sup>28</sup>

Junto a las obras anteriormente mencionadas también hay que señalar que en el siglo XIX Manuel de la Concha e Irigoyen, marqués del Duero, dedicó especial atención a las tácticas de guerra irregular, pero «consideraba que esta estrategia debía utilizarse en la guerra regular en respuesta al perfeccionamiento del armamento que había obligado a abandonar el orden cerrado» en los combates por un orden abierto. Por otro lado, estas tácticas guerrilleras, como las empleadas por los carlistas, eran mal vistas por los oficiales, que las consideraban faltas de honor y algo propio de cobardes. Ni siquiera los reglamentos abordaban la guerra irregular, como pasaba con el *Reglamento táctico* de 1898, cuando era evidente que se debía haber hecho tras varias guerras coloniales hasta ese momento. Y en la obra titulada *Estudios sobre la táctica de infantería*, escrita en 1878 por el general de brigada Martiano Moreno, tampoco se hacía especial hincapié sobre la insurgencia y las guerrillas.<sup>29</sup> También puede destacarse la obra *Táctica de guerrilla*, publicada por el Depósito de la Guerra en 1871. Como es lógico, esta escasa atención a

<sup>27</sup> Geoffrey JENSEN: op. cit., p.45.

<sup>28</sup> Andrés CASSINELLO: “El ejército español en Marruecos. Organización, mandos, tropas y técnica militar”, en M. REYES (coord.), *El protectorado español en Marruecos: la historia trascendida*, Bilbao, Iberdrola, 2013, p. 290.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p.46.

la guerra irregular tendría unas consecuencias para el Ejército español que llegarían hasta el siglo XX con las campañas de Marruecos, donde el general Berenguer llegaría a lamentarse de la inexistencia de un estudio completo de las guerras de Cuba que hubiese podido ser aprovechado en Marruecos, sobre todo para la marcha de las columnas.<sup>30</sup>

Las guerras irregulares eran miradas con desdén por buena parte de la oficialidad española y escasamente estudiadas por los tratadistas militares del período. Sin embargo, las guerras irregulares fueron más numerosas que las regulares. Según los cálculos de Barrios, las irregulares fueron 31 frente a nueve regulares a lo largo del siglo XIX. Pero lo interesante de estos números es que Barrios no se refería con ellos a lo sucedido en España, pues el caso español presentaba la particularidad de que todas las guerras que había sostenido hasta ese momento podían considerarse como «irregulares en parte o en todo». Comenzaba desde la guerra de la Independencia, indicando que:

[...] debemos confesar que, descartando la batalla de Bailén, todas las demás que presentamos a los franceses las perdimos si estábamos solos, y las que ganamos fue mediante la cooperación inglesa. En conclusión, el verdadero nervio de esta gloriosísima empresa lo constituyó, dígame lo que se quiera, el elemento guerrillero, es decir, el elemento irregular.<sup>31</sup>

A esta guerra Barrios sumaría la insurrección de los Apostólicos en 1827, la Primera Guerra Carlista (1833-1840), la guerra de Marruecos (1859-60), la Tercera Guerra Carlista (1872-1876), las guerras de Cuba entre 1868 y 1880 o las campañas de Joló y Mindanao en Filipinas.<sup>32</sup> Ejemplos más que suficientes de la importancia que la guerra irregular tuvo para España durante el siglo XIX, por lo que sorprende la escasa atención dedica a este tipo de guerras. En este sentido, el capitán Chacón señalaba que:

Nosotros mejor que ningún ejército de Europa debemos poseer el secreto de batirnos contra esos enemigos impalpables de que nos hablan los franceses, esos enemigos los teníamos en Cuba, en Filipinas y hasta en la guerra civil de la Península; nosotros somos pues los que estamos obligados, más que nadie, a ser maestros en ese arte de combatir y seguramente no tardaremos mucho en ensayarlo el día en que, forzosamente, el norte de África tenga que ser europeo.<sup>33</sup>

Como se puede comprobar, poco fue lo escrito sobre la guerra irregular. Con los reglamentos pasó lo mismo. En 1870 se aprobó el *Reglamento de táctica de guerrilla*, que

---

<sup>30</sup> Dámaso BERENGUER: *Marruecos. Ensayo de una adaptación táctica*, Madrid, Excelsior, 1918, p. 18.

<sup>31</sup> Leopoldo BARRIOS: op. cit., p. 9-11.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 11.

<sup>33</sup> José I. CHACÓN: op. cit., p. 13.

sustituyó al anterior, obra del marqués del Duero. La fecha de su publicación tuvo que ver con la aparición de los fusiles de retrocarga. Por otro lado, la guerra de Cuba de 1895 a 1898 despertó el interés por los asuntos militares fuera del ámbito estrictamente castrense, de ahí que en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo Científico de Madrid se incluyeron dos cátedras de temática militar para el curso 1896-97: una se titulaba *La evolución militar en el siglo XIX*, impartida por Genaro Alas y la otra, bajo el título de *Las guerras irregulares*, impartida por Chacón.<sup>34</sup>

Esta cátedra de Chacón tenía el mismo título que su obra *Guerra irregulares*. Su primer capítulo se dedicaba al derecho de gentes en las guerras irregulares, manifestando que:

[...] a un país que, considerado como parte integrante de la sociedad humana y como nacionalidad independiente, no ha puesto su firma al pie de las cláusulas que obligan a las naciones civilizadas a humanizar la guerra, no podemos en derecho obligarle a cumplir tratados completamente extraños a él, ni por esta razón contravenir los convenios que hemos pactado no solo con las naciones, sino con nuestra conciencia.<sup>35</sup>

A este respecto, el capitán Calero también hablaba en el primer capítulo del derecho de gentes, entre otros aspectos. Así, señalaba que los ejércitos invasores debían imponer los preceptos del derecho internacional; «pero esa misma conveniencia hace que sea perjudicial y, por lo mismo, inaceptable al débil en número y recursos, que se defiende con la guerra irregular». Por ello concluía ese apartado con unas duras palabras:

El derecho internacional no debe atar jamás las manos a la nación que luche contra la insurrección de sus colonias. El derecho más poderoso es el de la unidad nacional, y toda traba a esto que se ponga, debe apartarse sin consideración alguna: el trato de beligerantes no se les concederá nunca a los súbditos rebeldes [...]. Los extranjeros que auxilian directamente la insurrección, bien combatiendo con las armas, bien conduciendo con expediciones de hombres, armas, pertrechos y materiales de boca o guerra, deben ser considerados como los insurrectos, con quienes forman un solo cuerpo, y como aquellos, tratados con toda la dureza de las leyes militares. La debilidad y contemplaciones son en este punto suicidas.<sup>36</sup>

---

<sup>34</sup> Pablo GONZÁLEZ-POLA: *La configuración de la mentalidad militar contemporánea (1868-1909)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2003, pp. 275-276.

<sup>35</sup> José I. CHACÓN: op. cit., p. 19.

<sup>36</sup> Juan CALERO: op. cit., pp. 17-18.

La obra de Chacón es mucho más extensa que la de Calero, dos volúmenes, por lo que se hará un sucinto repaso por los puntos más importantes. Si el primer capítulo se dedicaba al derecho de gentes, el segundo tenía por objeto de estudio las políticas a llevar en aquellos países que se había invadido o en los que había surgido una insurrección. Esta política podía basarse en ser benévolo o en actuar infundiendo temor. Chacón defendía adoptar una política de atracción y «nunca apelar a la fuerza de las armas», pues consideraba que se podía lograr más de esta manera que por medio de la violencia.<sup>37</sup> Los capítulos tercero y cuarto se dedicaban a la política de fuerzas y a la conquista del país, respectivamente. Más importante era el quinto, que tenía una serie de consideraciones sobre las tropas que emprendan guerras irregulares y hablaba de los ejércitos coloniales de Inglaterra en la India, del holandés y del español en Filipinas. Así, las tropas destinadas a las campañas irregulares debían reunir «condiciones muy especiales tanto en su organización y elementos de que dispongan como en sus cualidades particulares». Los generales encargados de dirigir estas guerras «además de conocer los libros y los autores teóricos», tenían que haber aprendido en la «escuela de la experiencia» y conocer lo que eran las guerras irregulares. Algo similar debía ocurrir con los jefes y oficiales.<sup>38</sup>

El capítulo sexto abordaba la infantería, su organización en batallones y las guerrillas, acercándose también a la historia de las guerrillas cubanas. El séptimo estaba dedicado al empleo de la artillería en las guerras irregulares. Interesante es el epígrafe dedicado a las ametralladoras, en el que el autor afirma que estas máquinas fáciles de transportar «y cuyos efectos son al parecer formidables, aún no ha proporcionado las ventajas y formidables resultados que se prometían a su aparición sus encomiadores».<sup>39</sup> El capítulo octavo se centraba en los cuerpos auxiliares, mientras que el noveno es un análisis de las ventajas e inconvenientes que presentan las fuerzas irregulares y la manera de emplear las tropas indígenas, de las que se podía sacar gran partido en las guerras irregulares. El décimo estudiaba el vestuario de las tropas de infantería y caballería, así como su armamento. En cuanto al undécimo, contemplaba la composición de las raciones de campaña, la higiene en los campamentos y durante la maniobra y el análisis de los hospitales.

El segundo volumen de esta magna obra se componía de catorce capítulos. Destacan el tercero, que trataba de la construcción de fuertes y blockhaus, así como de trochas. Por tanto, de gran utilidad para las tropas destinadas en Cuba o Filipinas. El séptimo abordaba las operaciones en terrenos montañosos, por lo que incluía informaciones nada desdeñables para los jefes y oficiales. También de utilidad era el octavo, dedicado al estudio de la marcha de las columnas. Sin duda, el trece era el más sugestivo, ya que analizaba los movimientos envolventes, los más adecuados para enfrentarse a grupos de

---

<sup>37</sup> José I. CHACÓN: op. cit., p. 37.

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp. 113-117.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 190.

combatientes irregulares. El último capítulo, dedicado a la defensa de las posiciones, recogía unas interesantes instrucciones del general Cassola para la defensa de la trocha de Júcaro a Morón, en Cuba.

La obra del capitán Calero estaba dedicada al general Arsenio Linares Pombo, quien posteriormente, ya entrada la nueva centuria, sería ministro de la Guerra en varias ocasiones, ejerciendo este cargo también en 1909 durante la Semana Trágica de Barcelona. La primera edición data de 1896, siendo Calero primer teniente de infantería y profesor ayudante de la escuela de su arma. La realización de este utilísimo libro le hizo merecedor de una Cruz de Primera Clase del Mérito Militar, pensionada con el 10 por ciento de su sueldo hasta su ascenso inmediato. En su prólogo Calero manifestaba cómo «con una previsión tan notable como digna», la Junta Facultativa de la Academia de Infantería aprobó un plan de estudios para que los futuros oficiales de infantería «estudiasen las guerras que hoy son más frecuentes y que tal vez sean el tipo de las que hayan de desarrollarse en la culta Europa». Y a ese programa de estudios obedecía la obra de Calero.<sup>40</sup> Quizá llegaba un poco tarde este libro, pues un siglo profuso en guerras irregulares para el Ejército español estaba dando a su fin y se empezaban a tomar medidas cuando ya era demasiado tarde.

Ahora bien, ¿cuáles fueron las campañas irregulares que pudieron inspirar este libro? Su autor señalaba que fueron nuestras guerras carlistas y coloniales, sobre todo la de Cuba, las de los ingleses en el continente africano y asiático y las de los franceses en Argelia, pero también la de las «guerrillas de nuestra guerra Independencia». Además, recurrió a la consulta personal de los numerosos compañeros de armas que habían tenido que enfrentarse a este tipo de guerra en España, Cuba o Filipinas. Si nos atenemos al número de ejemplares vendidos, que fueron la mitad de la primera edición (1000 ejemplares) en apenas mes y medio, se puede constatar que empieza a haber entre los oficiales un mayor interés por la guerra irregular. Debido al éxito del libro, al año siguiente apareció una segunda edición de la que su autor escribió que:

La actual campaña de Cuba, que estalló cuando la primera edición estaba en prensa, ha venido corroborando la totalidad de las teorías expuestas, viniendo a coincidir tanto, que hasta las expresadas en número, han resultado tan idénticas, como son por ejemplo la fuerza y organización de los batallones de infantería y escuadrones de caballería, pues la misma fuerza y organización, que en el capítulo IV se expresa, esa misma es la que se ha dado a los contingentes expedicionarios, siendo asimismo idéntica su recluta.<sup>41</sup>

---

<sup>40</sup> Juan CALERO: op. cit., p. 9.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 10.

Obra dividida en catorce capítulos. En el primero se hace una comparación entre las guerras regulares e irregulares, en la que se habla de la necesidad, estructura y modalidad de estas últimas. Asimismo, se tratan sus relaciones con el derecho de gentes. El segundo aborda los ejércitos regulares y la necesidad de transformar su organización para la guerra irregular, ya que cada clase de guerra necesita su organización. Los capítulos tres al quinto analizan la constitución de la guerra irregular ofensiva, mientras que el sexto se dedica a la defensiva. El capítulo séptimo es un estudio de la marina auxiliar del Ejército y el octavo de las operaciones de guerra. El noveno es sin duda uno de los que más enseñanzas se podían sacar, puesto que examinaba las modificaciones que las especialidades del terreno, la climatología y la guerra imponían en el modo de ejecutar las marchas, el servicio de seguridad y el de exploración. En el décimo se exponía el combate de las columnas, los reconocimientos, emboscadas y estratagemas. Los capítulos once, doce y trece trataban de los convoyes, la guerra en las lagunas, de los planes de campaña y de las operaciones, así como de las insurrecciones civiles y coloniales, de la guerra de ocupación y de la política militar. El último capítulo estaba dedicado a la guerra de montaña.

Como señalaba Calero, la guerra irregular era de gran variedad en los campos de acción, pero también en la climatología, en la forma de combatir de los enemigos e incluso en su armamento, por lo que era necesario «adoptar la peculiar organización de las tropas que la hayan de llevar a cabo, a la modalidad y tipo especial que caracterice la guerra». Y así lo habían hecho los españoles en las guerras carlistas y en Cuba, e igualmente los ingleses contra afganos, zulús y boers, los franceses en Argelia y los holandeses en Sumatra.<sup>42</sup>

En cuanto al breve opúsculo de Cabanellas, también de 1896, Marcelino Azcárraga, a la sazón comandante en jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, señalaba de este libro, por si fuera de utilidad en Cuba, África y Filipinas, que:

[...] las máximas y consejos contenidos en el trabajo del referido jefe son de grande oportunidad y reconocida utilidad hoy, como aplicables a las guerras en Cuba, Filipinas y posesiones de África, en donde el enemigo no combate en forma regular, el rey (q. D. g.), y en su nombre la reina regente del reino, de acuerdo con lo informado por la Junta Consultiva de Guerra, ha tenido a bien disponer que por el Depósito de la Guerra se haga una tirada de 2000 ejemplares del citado prontuario con cargo a presupuesto del mismo; los cuales se remitirán a los distritos de Cuba y Filipinas, a fin de que sean distribuidos entre la oficialidad de los mismos, para su aplicación en la actual campaña.<sup>43</sup>

<sup>42</sup> Juan CALERO: op. cit., p. 27.

<sup>43</sup> Virgilio CABANELLAS: *La táctica en Cuba, África y Filipinas y en todo país cubierto y accidentado*, Madrid, Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1896, p. 5.

Por su parte, Cabanellas en sus palabras al ministro de Guerra defendía la necesidad de que los soldados españoles que habían de combatir en las selvas americanas o contra los musulmanes llevaran encima un manual sobre la práctica de la guerra irregular. Así, declaraba que, aunque «humilde y deficiente», como apéndice del reglamento táctico y de campaña, su obra podría suplir las carencias existentes en este campo «mientras no vean la luz más útiles doctrinas en prez de aquellos que luchan como buenos en los campos de Cuba». Y es que, como indicaba en el prólogo, el reglamento de infantería era insuficiente para resolver los problemas que se podían plantear en «suelos tan traidores y enfermizos como impracticables». Por ello, los jefes y oficiales se encontraban con dificultades que no habían podido estudiar en las asignaturas de los planes de estudios de las academias, «concretas al carácter internacional de las guerras regulares contra ejércitos reglados por preceptos táctico-legales». <sup>44</sup>

La primera parte del libro de Cabanellas son una serie de preceptos para las columnas de infantería en operaciones. Comienza con una serie de prevenciones generales, en el que su primer artículo es más que relevante:

El oficial que en las campañas de África y América se inspire únicamente en los preceptos de los reglamentos tácticos, y textos académicos al frente del enemigo, no manejaría su tropa con éxito glorioso en muchas ocasiones en que ha de proceder y maniobrar en terrenos de suyo impracticables, cubiertos y enredosos contra los naturales de aquellos hemisferios. <sup>45</sup>

También defendía Cabanellas el envolvimiento del enemigo, siendo lo ideas desborden sus flancos o romper el centro de su dispositivo. <sup>46</sup> Y finalizaba su obra con unas conclusiones en las que indicaba que las columnas correctamente mandadas serían muy difíciles de batir, «y menos acuchilladas por fuerzas irregulares que en gran número intenten acometerla en los desfiladeros o caminos peligrosos». <sup>47</sup>

## Experiencias de guerra irregular en España

La lucha guerrillera y antiguerrillera fue un fenómeno común en España durante el siglo XIX. Durante la guerra de la Independencia la Junta Central publicó el 28 de diciembre de 1808 el que fue el primer *Reglamento de Partidas y Cuadrillas*, con el objetivo de fomentarlas para luchar contra el invasor francés, pero también para «sujetarlas a unas

---

<sup>44</sup> *Ibidem*, pp. 5-10.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 80.

normas en las que lo militar predominase». <sup>48</sup> Este reglamento fue sustituido el 17 de abril de 1809 por otro que organizaba el «curso terrestre, guerra de guerrillas o irregular». Se disponía en el mismo que los españoles pudiesen «levantar partidas de 100 hombres», llenándose así el territorio español de «audaces, valientes e incasables guerrilleros» que tan difícil se lo pusieron a los franceses. <sup>49</sup> Esta normativa se siguió ampliando, como quedó patente con la publicación en 1812 del *Reglamento para las Partidas de Guerrilla*. La guerrilla se utilizó contra el invasor francés porque no se le podía vencer en campo abierto, pero no era un fenómeno nuevo, ya que había sido empleada por los independentistas estadounidenses frente a los británicos años antes. La novedad fue que por primera vez en la historia en España se empleó a gran escala, lo que obligó a Napoleón a mantener en suelo peninsular un elevado número de tropas en vez de emplearlas en otras regiones europeas, donde también eran necesarias. <sup>50</sup> Escribía en sus memorias un oficial francés que:

El odio nacional contra los franceses establecía una especie de unión contra los esfuerzos no dirigidos de los pueblos, y se vio suceder a la guerra regular un sistema de guerra en detall, una especie de desorden organizado que convenía perfectamente al genio indomable de la nación española, y a las circunstancias desgraciadas en que se halla. <sup>51</sup>

En cuanto a la Primera Guerra Carlista, en un primer momento el ejército isabelino tuvo serios problemas para combatir a unas partidas carlistas que actuaban dispersas por un terreno montañoso ideal para la guerra irregular. Así, el conocimiento del terreno era totalmente favorable para los carlistas, lo que favorecía la guerra de guerrillas. Además, al desarrollarse esta guerra con unidades pequeñas facilitaba el mando a los jefes y oficiales inexpertos. <sup>52</sup> Durante la Tercera Guerra Carlista también se observan rasgos guerrilleros entre los carlistas, aunque lo que más destaca de este conflicto es el sistema defensivo ideado por estos:

Por vez primera se abrieron dobles y extensas líneas de trincheras plegándose fácil y hábilmente a las desigualdades de un terreno difícil, y por primera vez se hizo el mortífero ensayo de las armas de precisión, llamadas a crear una táctica

---

<sup>48</sup> José PARDO DE SANTAYANA: “La guerrilla en la guerra de la Independencia”, *Revista de Historia Militar*, Núm. Extraordinario, 2009, pp. 329-330.

<sup>49</sup> Juan CALERO: op. cit., pp. 67-68.

<sup>50</sup> Andrés CASSINELLO: op. cit., pp. 180-181.

<sup>51</sup> Mr. ROCCA: *Memorias sobre la guerra de los franceses en España, escritas en francés por [...], Oficial de Úsares y Caballero de la Cruz de la Legión de Honor, y traducidas por el Sargento Mayor de Infantería y primer Ayudante del Regimiento de Burgos 21 de línea D. A. A.*, Madrid, Imprenta que fue de García, 1816, p. 161.

<sup>52</sup> Salvador FONTELA, Juan GÓMEZ y Pablo RODRÍGUEZ: *Resumen histórico de la táctica de la infantería S. XIX-XX*, Murcia, Fajardo el Bravo, 2007, p. 18.

perfectamente contraria al orden sólido y unificativo de las hasta ahora conocidas en Europa. Los soldados se arrojaban a las trincheras con el acostumbrado empuje español, pero las trincheras resistían impasibles, haciendo casi invulnerables a sus invisibles defensores, en aptitud de multiplicar sus fuegos de defensa, perfectamente cubiertos de los que les dirigían sus atacantes.<sup>53</sup>

Pero fue en las campañas de Ultramar, entre 1863 y 1898, donde el Ejército español acumuló las más importantes experiencias de guerra irregular, empezando por la expedición de Santo Domingo y terminando con la guerra de Cuba. En Santo Domingo se tuvieron que enfrentar a un enemigo muy experimentado a causa de sus constantes luchas con su vecina Haití, además de conocedor del terreno y aclimatado a las condiciones de la isla.<sup>54</sup> Allí empezó a despuntar Valeriano Weyler, un joven oficial español que tendría mucho que decir en cuanto a la guerra irregular y su forma de combatirla. Sus experiencias en Santo Domingo no fueron olvidadas y al comenzar la Guerra de los Diez Años en Cuba supo ponerlas en práctica con satisfactorios resultados. En Santo Domingo los soldados españoles, que siempre brillaron por sus cualidades<sup>55</sup>, tuvieron que enfrentarse a ataques por sorpresa, a la destrucción de haciendas y poblados y a pequeñas escaramuzas. Algo similar a lo que después pasaría en las guerras de Cuba, puesto que el soldado español no estaba aclimatado a las condiciones de la isla, por lo que el número de bajas por las fiebres era altísimo. Además, no conocían el terreno por el que se movían por el que era fácil caer en las emboscadas de los insurrectos.<sup>56</sup>

En cuanto a la Guerra de los Diez Años, las cifras de muertos fueron de unos 60 000<sup>57</sup> de los que solamente 4720 habían sido en combate, siendo el resto por las enfermedades tropicales.<sup>58</sup> Mola se quejó de la «incapacidad militar» de las fuerzas españolas, que se reflejó especialmente en el servicio de sanidad, tan deficiente que «el terrible vómito diezmaba a los batallones expedicionarios». Lo mismo sucedía con el de intendencia, que obligaba a las tropas a «vivir sobre el país». <sup>59</sup> Autores contemporáneos de esta guerra como Barrios también advirtieron la incapacidad de las tropas españolas desplegadas en Cuba, ya que el «soldado y el oficial no tenían práctica alguna de los campos de la isla». Otro tanto pasaba con el vestuario, que no «respondía a las necesidades de la vida de campaña», y en ocasiones con el armamento:

---

<sup>53</sup> Antonio PIRALA: *Historia Contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la última guerra civil*. Madrid, Imp. de Manuel Tello, 6 vols, 1879, p. 50.

<sup>54</sup> Salvador FONTELA, Juan GÓMEZ y Pablo RODRÍGUEZ: op. cit., p. 25.

<sup>55</sup> Valeriano WEYLER: op. cit., p. 54.

<sup>56</sup> Gabriel CARDONA y Juan Carlos LOSADA: *Weyler: nuestro hombre en la Habana*, Barcelona, Planeta, 1998, p. 27.

<sup>57</sup> Leopoldo BARRIOS: *Sobre la historia de la guerra de Cuba: algunas consideraciones*, Madrid, Revista Científico Militar y Biblioteca Militar, 1892.

<sup>58</sup> Fernando REDONDO: “La Guerra de los Diez Años”, *Monografías CESEDEN*, n.º 14, 1995, p. 59.

<sup>59</sup> Emilio MOLA: *El pasado, Azaña y el porvenir: las tragedias de nuestras instituciones militares*, Madrid, Librería Bergua, 1934, p. 14.

Pues aún existía caballería armada con lanzas; pronto se echó de ver la escasez de fusiles, y los infantes estaban armados con bayoneta y desprovistos del machete, instrumento más bien que arma, pero completamente indispensable en el campo de la isla.<sup>60</sup>

Por su parte, los insurrectos recurrieron a la guerra irregular. Eran conocedores del terreno por el que se movían y, al ser naturales de la isla, no padecían las enfermedades tropicales que diezaban a los soldados españoles.<sup>61</sup> Las columnas españolas, compuestas por una vanguardia, el grueso de la tropa y la retaguardia<sup>62</sup>, eran constantemente acosadas por los mambises, que se ocultaban en la selva, donde no podían ser perseguidos por las fuerzas españolas. Debido a ello, se tuvo que recurrir a tácticas contraguerrilleras para batir a los mambises. Weyler fue el encargado de ello. También se recurrió a voluntarios de la isla, aclimatados a su clima, para este cometido. Pero no fue solo Weyler, ya que el general Cassola creó las denominadas «guerrillas volantes», que eran pequeñas unidades dotadas de una extraordinaria movilidad.<sup>63</sup> Por otro lado, se construyó la trocha de Júcaro a Morón para evitar que la insurrección se extendiese por los departamentos orientales de la isla.<sup>64</sup>

Weyler se encargó de diseñar un dispositivo de marcha para las columnas españolas. Este se conoce en parte gracias a las memorias de un alférez que luchó a las órdenes de Weyler:

Los enemigos atacan siempre emboscados en la espesura de los montes, en los barrancos y ríos de mal paso, en las cortaduras y desfiladeros, sin dar nunca la cara: su conocimiento, del terreno y senderos o trochas que conducen a parajes retirados, les hace tener casi siempre segura la retirada, y esta es su ventaja, pero nosotros, hemos logrado que nuestros soldados penetren en el monte y desplegados a ambos flancos en guerrilla, de manera que las parejas puedan comunicarse fácilmente, llevando además la reserva, de manera que a la menor señal de enemigos pueden reforzar inmediatamente las guerrillas, abriéndose paso machete en mano por entre la espesura de los bosques, consiguen ver al enemigo, la mayor parte de las veces antes que este logre verlos a ellos, y la generalidad de las veces suelen cogerlos en sus propias redes. Además van dos piezas de artillería

<sup>60</sup> Leopoldo BARRIOS: op. cit., p. 44.

<sup>61</sup> Luis TOGORES: “Guerra cubana de los diez años”, en *Aproximación a la historia militar de España*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2006, vol. II, p. 542.

<sup>62</sup> Agustín ALCÁZAR: *La guerra de los Diez Años: la primera guerra de Cuba (1868-1878)*, Madrid, Createspace Independent Publishing Platform, 2011, p. 41.

<sup>63</sup> Pablo GONZÁLEZ-POLA: op. cit., p. 276.

<sup>64</sup> Alberto GUERRERO: op. cit., p. 447.

a vanguardia, protegidas por dos compañías y al frente del camino, diez o doce parejas de flanco, para el caso de ser atacados de frente poder contestar sus fuegos en el ínterin no avanza el resto de la fuerza que viene a vanguardia con este objeto: este sistema de flanco se debe al conocido y bien reputado jefe de E. M., D. Valeriano Weyler que secundando las disposiciones del E. S. Comandante General, va siempre a vanguardia, previendo y disponiendo lo más acertado.<sup>65</sup>

Weyler había observado la forma de luchar de los mambises y propuso que los soldados españoles también se internasen en la selva, algo que requería un excelente sistema de flanco para las columnas y, especialmente, para su vanguardia. Además, para adentrarse en la espesura debían portar machetes.<sup>66</sup> Y a ambos lados del camino tenía que marchar una hilera de soldados desplegados en columnas.<sup>67</sup> Las columnas debían estar protegidas en sus flancos, pero como Barrios había señalado, el problema radicaba en que en la Península «se podían ensayar todas las técnicas posibles, pero no se podían reproducir las condiciones ambientales, como el clima o las enfermedades» que tantas bajas causaban entre las fuerzas españolas.<sup>68</sup>

Las tácticas ideadas por Weyler precisaban de soldados motivados y de gran resistencia física, por lo que se hizo necesario la creación de unidades de voluntarios para este cometido, siendo una de las más célebres los Cazadores de Valmaseda, vista por muchos como un antecedente directo de la Legión española de Millán-Astray.<sup>69</sup> Fueron también conocidos como los «perdigueros», porque persiguieron a los mambises en sus escondites «agotándolos y aterrorizándolos».<sup>70</sup> Estuvo formado por europeos y naturales de la isla, muchos exreclusos. Mientras estuvieron mandados por Weyler, sus enfrentamientos con los insurrectos cubanos se contaron como victorias. Ejemplo de ello es el combate que mantuvieron el 22 de enero de 1870 contra una fuerza enemiga de unos 600 hombres, siendo los Cazadores de Valmaseda 290. Según Weyler, sufrieron muy pocas bajas gracias a los buenos flancos y a los precisos disparos de su artillería.<sup>71</sup> El estallido de fuerzas de junio de 1870 indicaba que el número de hombres del batallón era de

---

<sup>65</sup> Teodorico FEYJÓO: *Diario de un testigo de las operaciones sobre los insurrectos de la isla de Cuba*, La Habana, Imprenta militar de la V. e Hs. de Soler, 1869, pp. 11-12.

<sup>66</sup> Para un completo estudio de estas tácticas véase Alberto GUERRERO: “Contraingurgencia en la Guerra de los Diez Años de Cuba (1868-1878): Weyler y los cazadores de Valmaseda”, en Alberto GUERRERO (ed.), *Imperialismo y ejércitos*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2020, p. 447 y pp. 439-459.

<sup>67</sup> Antonio PILARA: *Anales de la guerra de Cuba*, Madrid, Felipe González Rojas, 1895-1898, 3 vols, pp. 335-336.

<sup>68</sup> Pablo GONZÁLEZ-POLA: op. cit., p. 276.

<sup>69</sup> Geoffrey JENSEN: op. cit., p. 47.

<sup>70</sup> Gabriel CARDONA y Juan Carlos LOSADA: op. cit., pp. 60-63.

<sup>71</sup> Archivo General Militar de Madrid, Documentación de Cuba, Movimientos de fuerzas y operaciones, caja 5806.15.

un jefe, 40 oficiales y 748 soldados, con siete oficiales y 129 clases de tropa enfermos<sup>72</sup>. El mando de esta unidad confirmó en Weyler la necesidad de operar con unidades de voluntarios, para evitar así luchar en Cuba con reclutas peninsulares no aclimatados a las condiciones de la isla.<sup>73</sup>

El análisis de la forma de operar de las tropas españolas pone de relieve que la mayor parte de sus jefes «tardaron en comprender los principios de la guerra irregular, pretendiendo inicialmente aplicar esquemas tácticos académicos frente a un enemigo que se difuminaba en la jungla». Solo Weyler fue capaz de ver la necesidad de combatir empleando los mismos métodos que los insurrectos cubanos.<sup>74</sup>

La lucha emprendida por los insurrectos cubanos comprendió tres etapas que engloban la Guerra de los Diez Años (1868-78), la Guerra Chiquita (1879-1880) y la Guerra de la Independencia (1895-1898). Como novedad táctica cabe destacarse la compartimentación de la isla mediante trochas, que eran una especie de líneas fortificadas que dividían la isla en dos partes y que contaban con fortines, torres vigías y guarniciones permanentes. Desde el punto de vista estratégico, en 1896 Weyler decidió reconcentrar a la población cubana en campamentos fortificados. Las trochas redujeron la movilidad y capacidad ofensiva de los insurrectos. Weyler además creó unidades guerrilleras compuestas por naturales de la isla o por individuos que llevaban largo tiempo viviendo en Cuba, adaptados por tanto al clima y que operaron junto a las unidades regulares. Se emplearon para proteger los flancos de las columnas o desplegadas en sus vanguardias y retaguardas.<sup>75</sup> González-Pola, citando a Puell de la Villa, señala cómo este indicaba que la derrota española en 1898 se debía en parte a que los mandos militares estaban preparados para las guerras convencionales del tipo de las que se habían desarrollado en Europa durante ese siglo, a pesar de que, como ya se ha dicho en ocasiones en este trabajo, la mayoría de las guerras en las que había participado el Ejército español habían sido conflictos irregulares, en los que la lucha guerrillera había sido predominante.<sup>76</sup>

La victoria prusiana contra Francia había influido profundamente en España, como se reflejaba en el Reglamento del Servicio Militar en Campaña de 1882, que estaba enfocado a las guerras regulares europeas, de ahí que sirviese de poco para los combates que se dieron en Cuba o Filipinas. El esfuerzo intelectual de las academias militares se centraba en los escenarios europeos. Por ejemplo, en el manual de Geografía que se utilizaba en la Academia General Militar solo dedicaba ocho de sus 350 páginas a Cuba y

---

<sup>72</sup> *Ibidem*, caja 5718.55.

<sup>73</sup> Valeriano WEYLER: *op. cit.*, p. 80.

<sup>74</sup> Fernando PUELL: *op. cit.*, p. 252.

<sup>75</sup> Salvador FONTELA, Juan GÓMEZ y Pablo RODRÍGUEZ: *op. cit.*, pp. 32-39.

Véase también Andreas STUCKI: *Las guerras de Cuba. Violencia y campos de concentración (1868-1898)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2017; John L. TONE: *Guerra y genocidio en Cuba (1868-1898)*, Madrid, Turner, 2008.

<sup>76</sup> Pablo GONZÁLEZ-POLA: *op. cit.*, p. 274.

Puerto Rico y ninguna a Filipinas, lo que era un ejemplo más de la escasa atención dada a otros escenarios bélicos que no fueran los europeos<sup>77</sup>.

Pero no solo en Cuba tuvo Weyler que enfrentarse a la guerra irregular, sino que también en Filipinas durante su etapa como capitán general (1888-1891) tuvo que echar mano de sus amplios conocimientos en este tipo de lucha para enfrentarse a los rebeldes. Allí desplegó una exitosa campaña que le hizo apoderarse de Mindanao, donde también se construyeron trochas con excelentes resultados, como la de Tucurán a Lintogud. Estas operaciones en Mindanao se prolongaron durante cuatro meses y costaron solo 200 hombres a las fuerzas españolas.<sup>78</sup> Con apenas 13 775 soldados consiguió conquistar en Filipinas la laguna de Lanao, poner fin a la rebelión de las islas Carolinas, además de ocupar numerosos puntos en Luzón y Mindanao.<sup>79</sup>

## Conclusiones

A lo largo de este trabajo se ha podido comprobar que a pesar de que el Ejército español tuvo que lidiar con la guerra irregular en casi todas las contiendas en las que participó durante el siglo XIX, este tipo de lucha había sido poco estudiada. Así, se dejaron de lado unas enseñanzas que mucho podían haber servido en todas sus campañas durante ese siglo y también en el siguiente en el norte de Marruecos. Excepciones fueron los libros analizados o figuras como las de Weyler, quien desarrolló un gran interés por la guerra irregular y por las tácticas de contrainsurgencia. No deja de sorprender la relativa facilidad con la que los militares olvidaron estas enseñanzas y cómo una vez que tenían que enfrentarse a una guerra de este tipo se había de partir casi de cero, porque no se había sintetizado una doctrina para la guerra irregular que tanta falta hacía.

El Ejército español no escribió ninguna crónica detallada de las guerras de Cuba.<sup>80</sup> Las obras que existen sobre esta guerra se deben a civiles o a militares a título personal. De la Guerra de los Diez Años cabe destacar la obra del a la sazón capitán Barrios (1888-1890) o la del historiador Justo Zaragoza y Cucala (1872-1873). Sobre la de 1895 a 1898 está la del académico de la Historia Antonio Pirala (1895-1898) y existe también una breve obra del periodista José Menéndez Caravia (1896). Se cuenta además con las memorias del general Weyler, en las que se narra su etapa al frente de la capitánía general de la isla (1910-1911).<sup>81</sup>

---

<sup>77</sup> Salvador FONTELA, Juan GÓMEZ y Pablo RODRÍGUEZ: op. cit., pp. 37-38.

<sup>78</sup> Valeriano WEYLER: op. cit., p. 183.

<sup>79</sup> Wenceslao RETANA: *Mando del general Weyler en Filipinas. 5 de junio 1888-17 noviembre 1891. Apuntes y documentos para la historia política, administrativa y militar de dichas islas*, Madrid, Vda. De M. Minuesa de los Ríos, 1896, pp. 304-305.

<sup>80</sup> Geoffrey JENSEN: op. cit., p. 47.

<sup>81</sup> Alberto GUERRERO: op. cit., p. 442.

Las razones de esta desatención son múltiples. No cabe duda de que el principal interés de los militares eran las tradicionales guerras regulares a la «europea». Y esto es comprensible si se tiene en cuenta la naturaleza conservadora de los militares que «tardan en adaptarse a lo inesperado». Hay que contemplar también el factor moral, ya que este tipo de guerra atentaba contra los «valores clásicos del honor militar, la caballerosidad y la justicia». Habría que esperar a la centuria siguiente para encontrar un mayor interés por la guerra irregular entre los tratadistas militares españoles debido a la guerra de Marruecos.<sup>82</sup> No obstante, también durante el siglo XX existieron reticencias a la guerra irregular. Un ejemplo es Enrique Ruiz Fornells, asesor militar de Azaña, quien tildó a Franco de «guerrillero e ignorante» por saber poco de la guerra regular europea.<sup>83</sup>

---

<sup>82</sup> Geoffrey JENSEN: op. cit., p. 48.

<sup>83</sup> Véase Geoffrey JENSEN: “The practise and politics of Spanish Counterinsurgency, 1895-1936”, en Shasha D. PACK (ed.), *Nation and conflict in Modern Spain*, Winconsin, Parallel Press, 2008, pp. 137-150.